

ALFINGER Y PORTOLA: DOS MODELOS DE FRONTERA

Ricardo Piqueras Céspedes
UCB

Introducción

Este artículo viene encaminado a presentar y analizar comparativamente la realidad histórica de dos modelos expedicionarios de frontera. Por un lado la expedición del alemán Ambrosio Alfinger al valle de los pacabueyes, llevada a cabo entre 1531 y 1533, y por otro la del leridano Gaspar de Portolá a la Alta California acontecida entre 1769 y 1770. Situadas a ambos extremos de la historia colonial española en América, las dos expediciones representan sin duda dos formas bien diferentes de actuación política de la corona en el llamado «Nuevo Mundo» durante su período hegemónico. Son casi dos siglos y medio los que separan ambos intentos penetradores (exactamente 238 años) definidos por unos objetivos, motivaciones e intereses tan distintos como distantes son los marcos físicos en los que se inscriben (el norte de Suramérica entre Venezuela y Colombia y la fachada Californiana en los Estados Unidos de América respectivamente).

La trágica aventura de Alfinger (pues dejó no solo su vida sino también la de muchos de sus 186 hombres y la de cientos de indios en ella), fue la última para el comisionado de los banqueros alemanes de la casa Welser, considerado el primer gobernador de Venezuela. Su odisea se enmarca e inicia la etapa de las expediciones alemanas, llamadas así más por la procedencia de sus capitanes (Federman, Spira, Hutten) y capitales, que por el grueso de la tropa que es mayoritariamente peninsular y entra de lleno en pleno período de conquista y avance fronterizo. Durante el mismo la presencia hispana se intenta imponer a golpe de acero y de embate microbiano, más que con la cruz, a través de zonas extensas del continente americano, en un época durante la cual los conceptos de descubrimiento, exploración y

conquista priman más que el hecho de establecer una colonización estable. En el otro extremo del período colonial, en la segunda mitad del siglo XVIII, nos encontramos con la expedición de Gaspar de Portolá a la Alta California, inicio práctico de lo que sería el asentamiento español en esta zona, llevado posteriormente a cabo durante más de 50 años mediante el sistema misional franciscano. Primer gobernador de las Californias y militar de carrera al servicio del estado, protagonizó, junto a una mayoría de personajes catalanes y mallorquines, más o menos apartados de la escena americana durante los siglos anteriores, lo que ha venido en llamarse «**una de las últimas manifestaciones del poder colonial español en América**»¹. Durante todo este tiempo, la frontera de exploración había sido estabilizada en las actuales provincias mexicanas de Sonora y Sinaloa, con grandes dificultades de poblamiento estable derivados de la lógica hostilidad indígena, incorporándose ya en el siglo XVIII, la península de la Baja California, mantenida habitada gracias a las misiones jesuíticas que fueron expulsadas en 1767, tras setenta años de labor evangelizadora.

Anteriormente las expediciones de Juan Rodríguez Cabrillo en 1542 y de Sebastián Vizcaíno en 1602, habían localizado y reconocido puntos costeros concretos de las costas californianas, como San Miguel (posteriormente San Diego) y Monterrey, pero las informaciones que ofrecieron fueron escasas y no abarcaban el interior de un territorio totalmente desconocido, al igual que sucedía con el interior continental de suramérica. «**La frontera de la gentilidad**», como denomina a estas tierras el franciscano padre Palou², va a ser recorrida y explorada por la expedición del leridano Portolá, quién con la ayuda de los padres franciscanos, forjará la base de la posterior colonización de la Alta California.

Son pues dos expediciones que a priori solo tienen en común, aparte del escenario americano, el hecho de recorrer e internarse en zonas de frontera, áreas humanas y geográficamente desconocidas todavía al conocimiento europeo, donde el elemento humano, con sus grandezas y sus flaquezas deviene factor esencial para el éxito o fracaso de cualquier tentativa de penetración. Su distancia histórica es la distancia que separa a la sociedad española del siglo XVI bajo Carlos I, de la del XVIII bajo el reinado del reformista Carlos III. Dos ejemplos que sugieren una línea evolutiva, en la que se van produciendo claros avances tanto en el campo ideológico y político, como en el social, tecnológico o económico. Sin embargo en esta exposición he querido centrarme y limitar el estudio comparativo a tres puntos de análisis concretos. Por un lado, la definición del concepto de frontera y de los objetivos básicos que se traza cada expedición, para saber qué tipo de motivaciones pone en marcha el mecanismo expedicionario. En segundo lugar los mecanismos y problemáticas que se articulan frente al hecho alimentario, entendido como necesidad básica e ineludible para la supervivencia del grupo y como elemento de relación con el medio indígena. El tercer punto será analizar qué tipo de relaciones se establecen en cada caso con el mundo indígena con el que entran en contacto, formas y modos que clarifican la vertiente sociohumana e ideológica del momento histórico en el que

1. VVAA: Crónicas del descubrimiento de la Alta California, p. 7.

2. Nacido en Palma de Mallorca en 1723, el padre Francisco Palou fue el compañero inseparable de Junípero Serra y su más fructífero biógrafo.

se desarrollan. Estos tres temas: objetivos de frontera, problema alimentario y relaciones interétnicas creo que pueden reflejar en alguna medida la problemática general de muchas de las expediciones coloniales de frontera llevadas a cabo en territorio americano.

Objetivos de frontera

Es evidente que América se abre como un etnocéntricamente «Mundo Nuevo» para todos los europeos. Nuevo en el sentido más amplio, pero principalmente geográfico y humano. Un mundo físico diferente al conocido y acotado mentalmente por el español del siglo XVI, que conlleva en su interior una humanidad también distintas con prácticas y valores sociales totalmente desconocidos para él.

La «Nueva Frontera»³, como la denomina Céspedes del Castillo, es pues un nuevo espacio geográfico y humano que desde 1492 va a ver evolucionar a un contingente cada vez más numeroso de hombres, deseosos de explorar y descubrir los más íntimos secretos de las nuevas tierras, valorando su contenido en función siempre de su utilidad y rentabilidad para los intereses colonizadores. Desde el siglo XVI y hasta el final de la época colonial, la frontera geográfica va alejándose del centro impulsor, Las Antillas, tanto al norte como al sur del vasto continente americano. A medida que esta avanza geográfica e históricamente por tierras americanas, estas se van transformando, europeizando en muchos casos su contenido pero sobretodo creando una nueva sociedad que ya no es europea, ni indígena y que pronto se adapta a las propias características del medio americano. A medida que la frontera avanza, van a ir variando también los intereses económicos, estratégicos o geográficos que impulsan los avances en una u otra dirección.

Considerando los dos ejemplos de direcciones de frontera que he tomado como modelos, se observa como las motivaciones básicas de ocupación del espacio son radicalmente distintas y responden a políticas de actuación de la corona llevadas a cabo de forma casi opuestas la una a la otra.

El concepto de frontera geográfica en el siglo XVI es mucho más amplio y sin duda conlleva toda una serie de elementos imaginativos o míticos, que ya no se dan en el XVIII. El conocimiento de la naturaleza americana en las primeras décadas de presencia europea en el continente es escaso o nulo en muchas áreas y tropieza muchas veces con conceptos geográficos heredados de una tradición medieval que como falsas ideas preconcebidas no ayudan en nada a una racional interpretación de la realidad. Es un concepto de frontera mítico, donde las sorpresas son mútuas entre indígenas y conquistadores, aunque el primero conoce perfectamente la realidad geográfica y las limitaciones y recursos del medio que habita y el segundo la va descubriendo a base de esfuerzos, engaños y fracasos. Los errores geográficos son constantes y muchas veces obligan a cambiar los objetivos sobre la marcha. Cuando Alfínger, mentor de los Welser, decidió adentrarse por tierras de los confusos límites de la gobernación de Venezuela y Santa Marta, lo hizo con un total desconoci-

3. Céspedes del Castillo, G.: Proceso histórico al Conquistador, p. 38.

miento del medio físico que le rodeaba y con una concepción geográfica del todo falsa. Suponía erróneamente y creía en «**la supuesta existencia de un paso marítimo o la de un fácil y corto paso terrestre hacia el océano Pacífico, cuyo hallazgo hubiera convertido la gobernación de Venezuela en un eslabón del floreciente comercio entre Europa y Asia**»⁴. Esta idea se enmarca en el concepto de que las tierras «descubiertas» serían un conjunto de islas que no cerrarían el paso al ansiado comercio con Asia, desestimando por ignorancia la verdadera imagen de una gran masa continental que de norte a sur impide un rápido avance hacia tierras asiáticas. El anhelo de hallar este paso marítimo en la región de Maracaibo fue sin duda uno de los principales motivos que llevaron a los Welser —que habían hecho fuertes inversiones en las flotas a la especiería— a capitular con el emperador de la «conquista y población» de Venezuela.

En la capitulación, firmada el 27 de marzo de 1528⁵, y que concede exclusividad a la empresa a la vez que delimita los imprecisos límites geográficos de esta, se otorga la licencia a los Welser, para «**Descubrir y conquistar y poblar dichas tierras**», y ese es el preciso orden y no otro que sigue Alfinger en su actuación sobre el territorio encomendado. Su objetivo era, según nos comenta el cronista Fernández de Oviedo, «**a ver los secretos y cosas de la otra mar austral, y procurar que la tierra toda se tractase y se supiese de mar en mar**»⁶. Hay un afán, común en toda esta primera época, por las dos primeras premisas «descubrir y conquistar», no así por la de poblar, que queda relegada a un plano secundario, no tanto en la teoría de las capitulaciones, donde siempre hay previstas fundaciones de pueblos, como en la práctica del conquistador, deseoso de buscar la fácil riqueza, el mito áureo o el paraíso terrenal a costa siempre del indígena y de la estructuración económica de los nuevos territorios que se van incorporando. En los objetivos de la empresa de Alfinger hay elementos geográficos y claros fines económicos o mercantiles. Para lograr lo último hay que explorar el territorio meticulosamente, anotando datos sobre el paisaje, los accidentes geográficos, el clima, la fauna y las características de las poblaciones con las que se puedan encontrar, atendiendo siempre a su disposición y carácter más o menos belicoso o pacífico.

Pero sin en el siglo XVI, Castilla junto con Portugal, poseían el monopolio de las Indias, la situación se va a ir internacionalizando con el paso del tiempo, y la realidad histórica en el siglo XVIII ya no es tan favorable a los reinos peninsulares. A estas alturas, otras potencias europeas (Inglaterra, Francia e incluso Rusia), tienen intereses crecientes en el continente. Es la época del despotismo ilustrado y el reformismo borbónico alcanza a lo largo de los últimos decenios del XVIII sus máximas cotas. La monarquía borbónica, dispuesta a fortalecer y asegurar sus amplias fronteras coloniales, se ve de nuevo con fuerzas para participar en el juego internacional de intereses, a la vez que intenta controlar todos los resortes de la política colonial. La iniciativa del estado implicado directamente en la reforma, sustituye el afán aven-

4. Friede, J.: Los Welser en la Conquista de Venezuela, p. 94.

5. Del Vas Mingo, M.: Las Capitulaciones de Indias en el siglo XVI, Doc. nº 28, pp. 251-255.

6. Fernández de Oviedo, G.: Historia General y natural de las Indias, B.A.E., tomo CXIX, libro XXV, cap. 1.

turero individual o a las acciones e intereses de grupos privados de la fase primaria de la conquista. La política exterior de Carlos III, va a encontrarse en esta parte de América con más de un contrincante, dispuesto a participar territorialmente de las zonas huérfanas de protección o presencia física establecida, como era el caso de la Alta California. En este caso, el principal objetivo de la corona y de su representante en América, el Visitador General José de Gálvez⁷, es fundamentalmente político. Como bien señala Román Piña

«ya con solo examinar la ubicación geográfica de los establecimientos misionales que se forman vemos que constituyen puntos estratégicos de un camino –el camino real– trazado por la administración de la corona para afianzar la conquista de aquellos territorios desde San Diego a San Francisco. Esto nos permite comprender su función primordial desde la óptica de los intereses regios: ser puntos de avituallamiento de los presidios o guarniciones militares llamadas a afirmar la presencia española en toda aquella extensa zona costera»⁸.

Los objetivos de esta misión de frontera, hacia un territorio desconocido en su mayor parte, vienen condicionados por los intereses de la iniciativa estatal y se amplían con respecto al período anterior. El principal interés de Alfínger y los Welser era el descubrimiento geográfico con miras comerciales, o el hallazgo de fáciles riquezas mineras, pero ni siquiera tenían una perspectiva espacial correcta de la situación y extensión del marco geográfico americano. La globalización de la política internacional que se produce en el siglo XVIII, cuando se tiene ya una conciencia plena del significado continental de América, confiere a la expedición de Portolá un claro matiz geoestratégico. Se trata de ocupar un espacio geográfico, no con fines comerciales inmediatos, sino con la intención de dar cobertura defensiva a otras zonas más interiores y al mismo tiempo evitar que fuese ocupado por otras potencias con intereses contrarios. La ocupación del territorio conlleva una acción militar que lo haga efectivo y una paralela acción misional y posteriormente pobladora que se encarguen de asegurar la conquista militar y afiancen definitivamente la posición española en el Pacífico norte.

En esta acción política, la corona y en su lugar los políticos de la administración borbónica de Carlos III⁹, van a emplear a tres elementos sociales: el militar, el religioso y el civil. Ello hace que se amplíe y delimite de forma clara la actuación de los diversos elementos sociales con respecto al primer período de conquista.

En la expedición de Alfínger, que sale de Coro el 9 de junio de 1531 y donde la iniciativa privada tiene un papel fundamental, los elementos sociales se diluyen en la «hueste» como unidad operativa autosuficiente. En ella es confusa sino nula la distinción entre soldado y poblador pues la hueste es un cuerpo armado

7. José de Gálvez nace en Vélez Málaga en 1729. En 1765 es enviado a México en calidad de Visitador General con la misión de vigilar la conducta del Virrey Marqués de Cruillas y ya en su destino le llega la tarea de frenar mediante una expedición la penetración rusa desde Alaska a través de la costa del Pacífico.

8. Piña, R.: *Catalanes y Mallorquines en la fundación de California*, p. 86. Entre 1769 y 1823, el llamado Camino Real de las misiones franciscanas se verá jalonado por un total de 21 misiones.

9. Los principales artífices de este proyecto fueron el visitador general de Nueva España, José de Gálvez y el virrey, Marqués de Croix.

no profesional y a la vez un posible núcleo de colonización en función de su éxito. Por otro lado resulta anecdótica la presencia de religiosos en la expedición (se supone su presencia, pero las fuentes no dan cuenta de su actuación), cuya misión consistiría en dar ayuda espiritual a los hombres de la hueste, no al indígena. Es una acción religiosa interna y de compromiso, frente a una acción externa y misional de los franciscanos en California. La racionalización que impone la acción de la administración estatal en el siglo XVIII, acota claramente los cometidos: la política exterior requiere una acción militar como base defensiva para una ocupación del territorio, llevada a cabo por un cuerpo militar profesional al servicio del estado. Conjuntamente actúa el aparato misional (bajo el mando de Fray Junípero Serra), con un claro objetivo propio de evangelización, pero también como instrumento de la política impulsada por la corona, que se apoya en él para consolidar su proyecto colonizador. Por último, quedaría el elemento civil (agricultores, mineros y comerciantes), encargado de dar cuerpo y continuidad a la acción militar y misional.

La variedad de objetivos es pues notoria y acorde con la época. Primero y fundamentalmente geoestratégico y militar, afirmando la presencia de la corona en un determinado territorio. De «descubrimiento» puesto que los europeos recorren por vez primera todo el interior costero entre San Diego y San Francisco. Científico, ya que entre los componentes de la expedición se encuentra Miguel Constanso, ingeniero, deliniador y cartógrafo, que irá anotando en un preciado diario¹⁰, todos los pormenores de interés científico referentes a vegetación, fauna, accidentes del terreno, distancias o datos antropológicos; y de evangelización, con el establecimiento de dos misiones (San Diego de Alcalá 16-6-1769 y San Carlos de Monterrey 30-6-1770) que darán inicio a la evangelización de los naturales.

Concluyendo este primer apartado y comparando los dos modelos expedicionarios mencionados, tenemos pues una expedición de descubrimiento y conquista, frente a otra de ocupación y colonización. Una hueste derivada de una acción privada, fiscalizada eso sí por la corona mediante el sistema de capitulación, frente a una acción de claro matiz político de la corona, ideada, organizada y llevada a cabo por sus propios medios y en defensa de intereses estatales. Un modelo que buscaba el interés comercial y el rápido logro de beneficios, frente a un proyecto político a largo plazo, sin intereses materiales concretos pero con claros intereses tanto humanos como científicos. Las dos comparten el riesgo de toda expedición de frontera, pero la ventaja de 250 años de experiencia americana llevará a que esta última consiga el objetivo inicialmente previsto, mientras que en la primera, el medio físico y humano, desconocido y hostil, acaben con la empresa y con gran parte de sus hombres. El tipo de frontera supera a una y pone dificultades a la otra. Frente a una frontera racional, digerida y sin sorpresas, las dificultades tienen más posibilidades de ser superadas; pero una frontera caracterizada por falsas ideas geográficas y atracciones míticas, puede resultar demasiado novedosa y agresiva para ser conquistada con éxito sin los medios y la mentalidad necesarios. Harán falta años de experiencia y hombres perdidos en ella, para comenzar a descubrir sus secretos más profundos, dando tiempo a la adaptación mental del europeo a las nuevas realidades americanas.

El factor alimenticio

En cualquier organización expedicionaria, la intendencia, el abastecimiento alimentario y una buena previsión, son aspectos importantes cuando no básicos, para el buen funcionamiento de esta. Más aún en empresas fronterizas, donde aumenta el riesgo de imprevistos y el cálculo de distancias se hace difícil sino imposible por el desconocimiento del terreno y la falta de referencias geográficas que faciliten la orientación. En esta situación es arriesgado confiar en la suerte para encontrar medios de subsistencia adecuados o poblaciones pacíficas con las que comerciar y salir de apuros. A la hora de analizar las dificultades que plantea la alimentación en una expedición de estas características, hay que tener en cuenta diversos factores, condicionantes del cambio que van a adquirir las formas alimentarias entre los siglos XVI y XVIII. Entre estos destacaría:

1. La inicial inadaptación del europeo a los tipos de alimentación y productos nativos.
2. La progresiva aclimatación de productos agrícolas europeos en tierras americanas y el posterior desarrollo ganadero de especies no conocidas en América: caballos, cerdos, vacas, mulas, cabras u ovejas.
3. La ausencia de bases logísticas de importancia en el siglo XVI, que facilitase la logística de los intentos penetradores.
4. La actitud del indígena frente al invasor, colaborando o entorpeciendo de manera hostil la empresa conquistadora.

Durante los primeros años, el europeo que llegaba a América lo hacía acostumbrado a unas determinadas formas y productos alimentarios, que formaban parte de su substrato cultural y que lógicamente va a intentar traspasar al «Nuevo Mundo». Sin embargo, sus referencias alimentarias, basadas principalmente en el trigo como producto panificable y en unos cuantos productos básicos (vino, aceite, queso, carne), se van a ver pronto trastocadas por las dificultades de adaptación de ciertas especies a los nuevos climas y suelos americanos.

Ante la perspectiva del hambre, al europeo no le queda más remedio que irse adaptando a las nuevas formas alimentarias que encuentra, mientras seguirá intentando aclimatar sus propios productos. El maíz, por ser también un cereal panificable y de una gran diversidad culinaria, es el primer y más importante alimento que acepta como sustituto en su dieta alimenticia, aunque pronto la lista de productos nativos aceptados se irá ampliando (yuca, piña, guayaba, aguacate, papaya, tomate, batata, chile, entre otros). Así, en numerosas expediciones de esta primera etapa, la búsqueda de maíz se convierte en una obsesión parecida a la del oro, aunque en este caso vital para la supervivencia de la hueste.

La adaptación y reproducción de las principales especies ganaderas del mundo europeo, se hará de forma progresiva y a partir del núcleo antillano, que sirve de laboratorio de experimentación y aclimatación. En estas primeras décadas, el caballo y el cerdo representan las especies de mayor valor estratégico. El primero por su versatilidad en la conquista, ya fuera como medio de transporte que asegurase la

movilidad de parte de la tropa, como arma novedosa que se traducía en superioridad táctica o como alimento en casos de extrema necesidad. El segundo por su fácil y rápida reproducción y su carácter de despensa ambulante junto a cualquier expedición.

En cuanto a la importancia de contar con bases de apoyo sólidas y estructuradas, su presencia condicionaba en gran medida el éxito o fracaso de la misión. A principios del XVI estas bases, fuera del marco antillano, eran débiles o inexistentes y no representaban un punto de apoyo ideal en retaguardia que facilitase los intentos de descubrimiento o conquista. A veces, como el caso de Coro en la década de 1530, la ciudad se encontraba en situación tan lamentable y desabastecida que los gobernadores alemanes se veían casi obligados a salir en viajes de exploración hacia el interior para aliviar la carga demográfica y facilitar la subsistencia del resto de la población.

Por último la utilización del medio humano indígena y de sus recursos alimenticios, representó uno de los principales modos de subsistencia para la mayoría de las entradas o expediciones de esta primera etapa. El trueque, el rescate y el rancheo de las comunidades indígenas, la mayor parte de las veces de forma violenta, eran vitales para el buen funcionamiento de cualquier empresa. Las huestes, una vez apartadas de sus bases de partida y acabados sus precarios recursos alimenticios propios, dependían exclusivamente de los cultivos y reservas alimenticias indígenas así como de la utilización forzosa de su mano de obra.

En el primer caso que nos ocupa, la expedición de Alfinger a la región de los indios Pacabueyes en 1531, se van a ver reflejados todos los problemas derivados de la falta de organización inicial, del apresuramiento de la empresa y de la falta de estructuración económica del territorio donde actúa (gobernación de Venezuela). No hay bases sólidas de asentamiento europeo (aunque sí indígenas), ni campos de cultivo suficientes que garantizaran un buen aprovisionamiento de alimentos. A esto se une la inadaptación al medio físico que les rodea y los problemas de relación interétnicos derivados de su actitud como depredadores del territorio. Ello motivaba una actitud generalizada de rechazo por parte del indígena, al que se le consideraba de naturaleza inferior, cuando no sub-humana y por tanto con derecho a servirse de él como mejor pareciera.

Ya desde los primeros momentos del itinerario de Alfinger, surge la preocupación alimentaria para mantener diariamente a unas 170 personas con un gasto energético considerable, **«y porque había necesidad, envió alguna gente adelante a que les esperasen donde hobiese de comer»**¹¹. Este incipiente problema, agravado por la mayor o menor hostilidad indígena, lo van a intentar solucionar mediante la utilización del rescate y el rancheo como prácticas generalizadas de obtención de recursos alimentarios. El rescate, como muy bien especifica Friede¹², **«era en su esencia**

10. Ingeniero y cosmógrafo, nacido en Barcelona en 1741, fue el encargado de marcar y delinear las tierras y los puertos descubiertos, dejando un detallado informe de la expedición. Ver VVAA, pp. 25-140.

11. Fernández de Oviedo, G.: ob. cit. Libro VI, parte 2.

12. Friede, J.: ob. cit. pp. 558-559.

una transacción comercial, una compra que se hacía a los indios, cambiándoles abalorios, bonetes y sencillas herramientas por oro y productos de la tierra (maíz, cazabe y algodón silvestre)». El rancheo «consistía en un ataque a los pueblos indios, generalmente belicosos o cuya belicosidad se pretendía». Siendo como era una economía indígena autosuficiente, sin producción de excedentes alimenticios, la entrega y el saqueo de su producción alimentaria, de forma violenta, dejaba los campos desolados y a los indios en una grave situación de subsistencia. Una de las prácticas defensivas indígenas contra estas acciones, consistía en la utilización de la táctica de tierra quemada, practicada por los indios al paso de los españoles. Esta consistía en la quema de los poblados (de fácil reconstrucción posterior) y la posterior huída al interior montañoso o selvático de los indígenas, no dejando nada que los españoles pudieran aprovechar, para provocar su expulsión, «y ya que llegábamos muy cerquita del pueblo los indios le pusieron fuego, lo cual nos dió mucha tristeza por la necesidad que teníamos de los bohíos que era tierra muy fría y traíamos muchos dolientes»¹³. El rancheo y la violencia no evitaban sin embargo la aparición del hambre, consecuencia directa de la inadaptación y falta de previsión de la mayoría de entradas al interior continental. Cuando esta aparece en el recorrido de Alfínger, significa que la hueste no solo carece ya de recursos propios, sino que además el medio indígena es insuficiente para colmar sus necesidades alimentarias diarias. Es entonces cuando surge el tipo de alimentación que podríamos llamar marginal, por el escaso aporte nutritivo que conlleva o su escasa cantidad (hierbas cocidas, hojas silvestres, raíces, carne de perro, caracoles o duros palmitos). El sacrificio de los caballos con fines alimentarios, se realiza siempre como último recurso razonable contra el hambre y a medida que estos, por enfermedad, accidente o agotamiento, van quedando inutilizados para el servicio. Fernández de Oviedo nos comenta la utilización de los equinos como alimento por parte de la hueste del gobernador; «Y porque allí había poco que comer, envió el gobernador por la carne de los caballos e yeguas que atrás se les quedaban, que no podían andar; e traída, la comieron, e aún hasta los cueros asados y cocidos y aún no bien pelados, y no les parecía que era poco buen manjar, según su hambre»¹⁴. Tras los caballos y todo tipo de supuestos alimentos, cueros incluidos, llega la desesperación de los hombres y la pérdida de toda ética y razón. Este grave estado de trauma digestivo será el que incite, en algunos casos como este, al canibalismo puro y llano. Las referencias sobre este tipo de costumbre culinaria, atribuida con suma facilidad a los indígenas, quedan reflejadas en los distintos cronistas que relatan los sucesos (Oviedo, Aguado, Castellanos, Francisco Martín), aunque algunos casos como Castellanos, pongan más imaginación que veracidad en sus palabras. En estos casos, que si no abundantes, si son frecuentes en esta primera mitad del siglo XVI, las víctimas, respetando al cristiano, son los indígenas que en última instancia pasan a ser considerados como alimentos frescos. «E tomaron al indio atado, e llegaronse a un arroyo que entra en el mismo río, e le mataron e le repar-

13. Esteban Martín: «Relación de la expedición de Alfínger», en B.A.N.H. nº 55, p. 226.

14. Oviedo, G.: ob. cit. p. 17.

tieron entre todos, y hecho fuego, le comieron. E durmieron allí aquella noche, e asaron de aquella carne lo que les quedaba para el camino»¹⁵.

En definitiva, puede decirse que en esta y en muchas otras expediciones de esta época, la dependencia del medio indígena es casi absoluta, el indio es **«el único abastecedor de la tropa, tanto con su persona, como prestando diversos servicios, usado como pieza de trueque o mediante el hurto de sus bienes y productos de subsistencia»¹⁶.**

Pero veamos como evoluciona el marco alimentario expedicionario al compararlo con la situación en que se encuentra Portolá en 1769. Lo primero que llama la atención al consultar las diversas fuentes, es la diferencia entre los alimentos que aparecen en cada una de las entradas, no ya tanto por la diferencia del medio físico en que se desarrollan, sino debido a la evolución histórica de los factores condicionantes mencionados al principio de este aparatod.

ALFINGER (1531): Maíz, cazabe, carne de venado, frutas y pescados varios, carne de perro, bledos, palmitos, caracoles, raíces varias, iguanas, hojas silvestres y hierbas cocidas.

PORTOLA (1769): Galleta blanca, harina, carne salada, garbanzos, frijol, queso, panocha, terneras, dátiles, jamones, manteca de cerdo, trigo, maíz, arroz, lentejas, chocolate, chile, gallinas, ovejas, higos, pescado salado, azúcar y carne de mulas.¹⁷

Frente a la base alimenticia del maíz en la expedición de Alfínger y la existencia de numerosos alimentos marginales, en la entrada de Portolá hay una amplia variedad de alimentos, tanto autóctonos asimilados, como de origen europeo ya aclimatados en el «Nuevo Mundo». Esta aclimatación de numerosos productos agrícolas traídos de Europa, junto con el desarrollo ganadero en casi todo el continente, hacen que a priori, en cuanto a abastecimiento previo, el problema alimentario quede resuelto, tanto en cantidad como en calidad nutritiva, no teniendo que depender del inseguro abastecimiento indígena.

El carácter militar estatal de la expedición de Portolá, le confiere una mayor seguridad en los aspectos de intendencia y abastecimiento al ser mayores los medios que se ponen a disposición de la tropa. La base logística, establecida en San Blas (astillero y población sobre la costa de la Nueva Galicia, en la mar del sur), le confiere un apoyo marítimo estable y bien abastecido para mandar auxilio en caso necesario. Todo lo contrario de Coro, principal establecimiento en la costa venezolana en tiempos de Alfínger, que a duras penas podía enviar hombres de apoyo a una expedición interior.

En el primer intento por alcanzar el puerto de Monterrey, llevado a cabo entre el 14 de julio de 1769 y el 24 de enero de 1770, la expedición de Portolá, compuesta por unas 65 personas, lleva consigo un centenar de mulas de carga que sustituyen a los porteadores indígenas de la entrada de Alfínger. Mulas **«que conducían todos los bastimentos que se consideraron suficientes a efecto de que no se**

15. *Ibidem*, p. 27.

16. Juicios de Residencia en la provincia de Venezuela, B.A.N.H. n^o 130, Tomo I, p. 47.

17. Provisión de Rancho, en Boneu, F.: Don Gaspar de Portolá, p. 103.

experimentase hambre ni necesidad, según los repetidos encargos del Señor Visitador General»¹⁸. Esta cita da idea de la importancia que se daba al aspecto alimentario de la expedición, tan diferente de la improvisación e inexperiencia de las entradas en el siglo XVI. Sin embargo y a pesar de este supuesto mayor control alimentario, Portolá y sus hombres conocerán el hambre y tendrán que recurrir a soluciones de compromiso. Las largas distancias recorridas, el cansancio y las enfermedades contraídas por algunos soldados (escorbuto), hacen que las provisiones alimenticias comiencen a fallar bastante antes de lo previsto. A los tres meses y medio de la partida y habiendo pasado de largo (por su desconocimiento geográfico) el buscado puerto de Monterrey, llegan a la Bahía de San Francisco y deciden regresar a San Diego, con la esperanza de reconocer el puerto en el camino de regreso. El ingeniero Constansó nos relata la situación en que se hallaba la tropa a finales de octubre, cuando comienzan las necesidades. **«Nos llovía con frecuencia, y teníamos la gente reducida a no comer mas que cinco Tortillas de harina, y Salvado diariamente. Nada de carne, nada de semillas quedaban ya a excepción de una poca que reservaban para los enfermos, con que se pensó en matar Mulas para racionar a los que estaban buenos, pero rehusaron los soldados este Socorro hasta maior necesidad»¹⁹**. La situación, controlada por un estricto racionamiento, no será tan grave como la pasada por la hueste de Alfínger donde se imponen soluciones individuales que van marcando la desintegración del grupo.

Una mayor previsión alimentaria de salida, una relación de intercambios pacífica con los indígenas, un estricto racionamiento y unos objetivos bien definidos y delimitados, en los que no caben las ambiciones personales, los mitos, ni la violencia gratuita, son los motivos por los que la expedición de Portolá pueda regresar sana y salva a San Diego, tan solo con la anécdota de haber dado buena cuenta de 12 mulas por el camino. Al segundo intento se alcanza el objetivo inicial de localizar el puerto de Monterrey, y el 3 de julio de 1770 se realiza la ya clásica toma de posesión, comenzando la construcción del presidio y la misión. Portolá abandona California, vivo y sin haber perdido ni un solo hombre en sus dos intentos penetradores. Han pasado por momentos delicados que han sabido superar, se ha pasado hambre, pero nunca se ha perdido el control de la situación, ni llegado a situaciones drásticas, tan corrientes en otras épocas. A leer las fuentes de las dos expediciones, uno no deja de observar que se pasa de un cierto caos organizativo de la hueste del siglo XVI, demasiado dependiente de factores ajenos a su control, a una sensación de seguridad y control en las acciones, donde nada es dejado al azar y todo se analiza con las dosis de realismo y racionalidad que requiere una situación de frontera. La conquista rápida, vasta y dispersa, sin preparación técnica, humana o material, deja paso a la exploración científica, humanista, meditativa y realista, donde los riesgos se asumen con la profesionalidad que requiere la tarea.

18. Boneu, F.: ob. cit. p. 114.

19. VVAA: Diario de Miguel Constansó, p. 104.

Las formas del contacto

Las relaciones de comportamiento, intercambios o dependencia que se establecen en estos dos modelos de frontera, van a experimentar un acusado cambio evolutivo, en la medida que avanza la mentalidad general de occidente hacia posturas y políticas más humanistas, o cuando menos no tan destructivas en el trato con el mundo indígena. El desarrollo del sistema misional, primero jesuita y después franciscano en este área, junto con el racionalismo, el interés por la investigación científica y el convencimiento de políticas de pacificación/asimilación en el ámbito colonial, hacen que se establezca un claro contraste de actitudes en comparación con siglos anteriores.

Este acusado cambio de mentalidades, se deja notar en el trato con el indígena. Si en el siglo XVI, la violencia generalizada y la hostilidad hacia las culturas indígenas estaban a la orden del día en sus más variadas formas, en el XVIII, y en el caso concreto de la expedición de Portolá, desaparece casi por completo la relación de hostilidad declarada entre el indio y el soldado conquistador. No hay escenas de violencia o represión, ni secuestros o torturas en demanda de oro, ni rancheos depredadores para subsistir a costa de pueblos enteros. El único modo de relación que se mantiene intacto desde los inicios del contacto, es el rescate o intercambio comercial pacífico con los nativos. Cuando se lee una escena de este tipo, aislada del resto del relato, sería imposible discernir su exacta ubicación histórica dentro de la historia colonial. **«Sus Mujeres se pusieron a moler semillas de que hicieron unas bolas de Masa quales regalaron. Dioles el Sargento algunos abalorios, Y quedaron los indios mui satisfechos y contentos»**²⁰. Esta cita de la expedición de Portolá, que relata un pacífico intercambio de mercancías, no tiene nada que ver con la política de señorear la tierra que Alfínger practica en busca de oro: **«Muchos de estos indios nos esperaban y nos daban oro y de lo que tenían y otros no nos querían esperar, mas antes dejaban sus casas y huían a los montes y el Gobernador los hacía buscar y prender»**²¹. La violencia continuada contra el modo de vida indígena que se establece en la expedición de Alfínger, contribuye a la imposibilidad de establecer contactos pacíficos y estables, que hubieran facilitado en gran medida el paso de la hueste de Alfínger por tierras colombiano-venezolanas. El ambiente hostil que les persigue (ganado a pulso) y la falta de intérpretes o «lenguas» entre las filas del gobernador, hace que se den situaciones tan absurdas como la de atacar un pueblo porque **«como no entendíamos nada a los indios acordábamos de acometer antes que nos acometiesen»**²². La política de Alfínger es clara; frente a la incompreensión, represión. La utilización del indígena por las huestes del siglo XVI era ante todo represiva, inhumana e intolerable para el indio, que optaba siempre por la resistencia o la huída ante el acoso al que se veía sometido. Evidentemente que había colaboraciones tácticas interesadas y ayudas no forzadas por parte de algunos grupos, fundamentalmente ya contactados, pero la norma de la frontera en el siglo XVI era el enfrentamiento constante entre violadores (de territorios, de alimentos, de

20. Ibidem, p. 96.

21. Esteban Martín: ob. cit. p. 255.

22. Ibidem, p. 264.

normas, de mujeres ajenas) y violados. La rentabilidad del indígena de esta época para la hueste queda fuera de toda duda. Proporcionan porteadores, informaciones que faciliten el camino hacia el oro, ofrecen todo tipo de servicios domésticos y privados al soldado, y en última instancia solucionan los problemas alimentarios, ya sea mediante la utilización de sus campos y sementeras o mediante su propia vida llegado el caso. El desprecio y desprestigio del ser indígena es notable en una época en la que todavía muchos ponen en duda su condición humana. **«Allí tomaron algunos indios que llevaron adelante cargados con el oro e otras cosas, porque tenían mucha necesidad de bestias, e porque ya que no los matasen ni los convirtiesen ni los dejasen libres, los tornasen acémilas o asnos para llevar sus propios despojos, para quién se los tomaba»²³.**

Las formas de contacto en la expedición de Portolá, vienen mediatizadas por el proyecto misional que discurre junto a la acción meramente militar. El padre franciscano marcha junto al militar y tiene plena responsabilidad sobre los aspectos evangélicos de la misión. Su presencia representa también el cumplimiento de las claras instrucciones del Visitador Gálvez a Portolá, para la buena marcha del proyecto:

1. Extender la religión entre los gentiles, así como la dominación del Rey nuestro señor.
2. Hacer todo lo posible para atraerlos (a los indios) y ganar sus voluntades con el buen trato.
3. Los medios más propicios de conseguir los fines recomendables y justos, son seguramente los de tratar los indios con dulzura y amor²⁴.

Buen trato, fines justos, dulzura y amor, palabras que aunque se pueden encontrar en las numerosas capitulaciones de Indias de las primeras décadas, aquí recobran un verdadero sentido práctico, muy alejado de la utópica aplicación y desprecio que de estos conceptos se tenía anteriormente. Portolá actúa como un político conquistador, que cumple órdenes directas de Carlos III y las cumple sin desviarse un ápice de la misión encomendada, de la manera más eficaz y limpia posible, escoltado por un importante proyecto misional que, mediante el establecimiento de misiones, iniciará la conquista espiritual del territorio, intentando cambiar (pues toda conquista significa un cambio para el conquistado) de una manera más pacífica y gradual, los modos de vida indígena. Sin embargo el sistema de misiones, al favorecer la concentración de la población india alrededor de determinados centros misionales, provocará una clara desestructuración territorial y social del mundo indígena en el que se impone, alterando para siempre los paisajes sociohumanos indígenas de esta parte del continente.

Conclusiones

Alfínger y Portolá representan algo más que dos expediciones de frontera llevadas a cabo en momentos históricos distintos y con resultados dispares. Son también

23. Oviedo, G.: ob. cit. p. 17.

24 Instrucciones del Visitador Gálvez a Portolá sobre la expedición, en Boneu, F.: ob. cit. pp. 115-118.

dos modelos de actuación, representativos de dos etapas, que abren y cierran el proceso colonial español en América. Son en parte dos retratos de una sociedad, que traslada al «Nuevo Mundo» una herencia medieval con claros signos de modernidad. Una sociedad que se encuentra con múltiples contradicciones ante una realidad, la americana, que le desborda física y mentalmente. La adecuación del europeo a este nuevo espacio, habitado por sociedades y culturas de signo muchas veces inteligible para la mayoría de conquistadores, se producirá de manera violenta y desigual, y en ella la América nativa pierde gran parte de su identidad. El esfuerzo de la corona por desarrollar una política colonial de carácter más justo y humanista, chocó gran parte de las veces con actitudes tanto individuales como generalizadas, de una nueva sociedad que no quería renunciar a unos erróneos derechos adquiridos con la espada o imponiendo el signo de la cruz.

La frontera americana, como espacio geográfico, fue testigo en retroceso de múltiples acontecimientos en los que a lo largo de siglos se pusieron en juego la justicia y la dignidad humanas, la ambición de hombres con metas irreales en un mundo que parecía ofrecer lo inimaginable. Si el medio físico y el conocimiento adaptativo que de él tenían, podía jugar a favor de las sociedades nativas, pronto los factores en contra fueron mayores, con las consecuencias demográficas y culturales por todos conocidas. Pero el mundo fronterizo americano fue siempre un temible rival que cobró en vidas la osadía de muchos hombres que se atrevieron a desafiarlo sin la menor muestra de respeto hacia un mundo que no conocían, ni quisieron conocer. La frontera es un concepto vivo que significó contactos e intercambios, pero también desestructuración, destrucción y muerte, un concepto que encierra en sí mismo gran parte de la presente realidad de un continente ya casi sin fronteras.

Bibliografía

- AGUADO, P.
1963 *Recopilación Historial*. B.A.N.H. n° 62, Caracas
- BONEU COMPANYS, F.
1970 *Don Gaspar de Portolá*. I.E.I., Lérida.
- CARNER RIBALTA, J.
1971 *Gaspar de Portolá, Conqueridor de California*. Barcelona.
- CASTELLANOS, Juan de
1944 *Elegías de varones ilustres de Indias*. B.A.E. Tomo IV, Madrid.
- DEL VAS MINGO, Milagros
1986 *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI*. Madrid.
- FERNADEZ DE OVIEDO, G.
1959 *Historia general y natural de las Indias*. B.A.E. Madrid.
- FRIEDE, Juan
1961 *Los Welser en la conquista de Venezuela*. Caracas.
- 1965 *La extraordinaria experiencia de Francisco Martín (1531-1533)*. Caracas.
- GABALDON MARQUEZ, J.
1962 *Descubrimiento y conquista de Venezuela*. B.A.N.H. 54-55, Caracas.

PIÑA, Roman

1988 *Catalanes y mallorquines en la fundación de California*. Barcelona.

PORTILLO, Alvaro del

1947 *Descubrimiento y exploraciones en las costas de California*. E.E.H.A. Madrid.

RAMOS PEREZ, Demetrio

1973 *El mito de El Dorado, su génesis y su proceso*. Caracas.

V.V.A.A.

1984 *Crónicas del descubrimiento de la Alta California-1768*. Barcelona.